



Septiembre 2020 - Formación AIC

Textos de los videos producidos para la Fiesta de San Vicente de Paúl

Humildad

P. Bernard Massarini, CM, Asesor Espiritual Internacional de la AIC

La humildad tiene mala prensa en estos tiempos en que mucha gente piensa que sólo podemos encontrar la felicidad si usamos todas nuestras facultades. San Vicente, nuestro hermano mayor, dijo que, aunque todas las palabras del Evangelio deben ser la regla de la Misión: *"algunas de ellas, en efecto, tienen más aplicación para nosotros, sobre todo cuando hacen hincapié en la sencillez, la humildad, la mansedumbre, la mortificación y el celo por las almas"* (SVP XIIIa, 117a Reglas Comunes de la CM, nº 14, p.438). Pero, ¿qué es la humildad? Pensamos que ser humilde significa considerarse de poco valor, juzgarse indigno de atención, pensar que no somos aptos para realizar acciones.

Sin embargo, si volvemos al primer significado de humildad, la raíz de la palabra se refiere a su origen latino: "humus": tierra, abono, por lo tanto, nuestro origen. La humildad consiste en conocer y acoger nuestro origen. Somos de la tierra, es de lo que estamos hechos. No hay que menospreciar lo que estamos hechos. Muchos de nosotros nos sentimos indignos de ser lo que somos, por lo que estamos en una actitud indigna con Dios. No empecemos por decirle a Dios que no somos una criatura exitosa, porque entonces somos infieles a su amor.

La humildad debe ayudarnos a saber cómo tomar nuestro lugar correctamente. Estar a la altura de la confianza que se nos ha dado, sin sobreestimarnos ni subestimarnos. Debemos trabajar incansablemente entre nosotros para vivir en el lugar que nos corresponde, el que la tierra nos ha dado. Como compañeras con nuestros compañeros, madres en nuestras familias, esposas con nuestros maridos, profesionales en nuestro trabajo, estemos comprometidas y entregadas cuando sirvamos. En otras palabras: tomemos el lugar que nos corresponde.

El pecado original de nuestros antepasados bíblicos es no comer fruta. Eran criaturas amadas de Dios, que acababan de terminar su trabajo declarando: "Dios vio que era muy bueno". Se dejaron manipular por la serpiente y perdieron su confianza en Dios, su origen. Esto les hizo infravalorarse a sí mismos y los llevó a consecuencias dramáticas, odio, asesinato, pérdida de inocencia.

Afortunadamente, en la Biblia, otros nos muestran el camino correcto: Job nos muestra la actitud de una criatura fiel. Incluso en medio de los problemas que le afectan: la muerte de su pueblo, la pérdida de sus posesiones, permanece recto y confiado. No duda del Creador: "El Señor dio y el Señor quitó; que el nombre del Señor sea alabado", dice (Job 1,20-22). Tenemos a María, en su respuesta al ángel, que se declara bendecida al recibir la pesada misión de llevar al Mesías. Ella no teme, no rehúye, sino que se pone a disposición para que el Padre Creador pueda continuar su obra de salvación.

El señor Vicente se dio cuenta de que los pobres ya no tenían una imagen justa de sí mismos. Aconsejó a sus amigos para que se acercaran a ellos con dulzura y delicadeza para ayudarles a recuperar su dignidad: *“No hemos de considerar a un pobre campesino o a una pobre mujer según su aspecto exterior, ni según la impresión de su espíritu, dado que con frecuencia no tienen ni la figura ni el espíritu de las personas educadas, pues son vulgares y groseros. Pero dadle la vuelta a la medalla y veréis con las luces de la fe que son éstos los que nos representan al Hijo de Dios”* (SVP XI, 19, p.26). Así que también nosotros debemos estar atentos y ayudarles a recuperar la confianza.

Jesús nos recuerda que esto es lo que significa la simplicidad. Él dice *“Soy manso y humilde de corazón”* para mostrarnos la dirección a seguir. No se trata de sacrificarnos, de hacer un gran esfuerzo, o de limitarnos, sino sólo de escuchar al Padre y seguir paso a paso donde nos lleve.

San Vicente nos lo recordó: *“Todos pondrán también sumo empeño en aprender esta lección que nos enseñó Jesucristo: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón; teniendo en cuenta que, según El mismo lo dice, con la mansedumbre se posee la tierra, porque con la práctica de esta virtud se ganan los corazones de los hombres para convertirlos a Dios, lo cual no pueden conseguir los que se portan con el prójimo de una manera dura y áspera, y además con la humildad se consigue el cielo”* (SVP XIIIa, 117a Reglas Comunes del CM, no.6, p.435).

La verdadera humildad que cultivamos los vicencianos es una de las cinco piedras de la honda que David usó para derrotar al gigante Goliat que amenazaba a los creyentes, nos dice san Vicente. Será el arma que nadie podrá quitarnos y que ninguna situación nos hará perder. Sabremos responder con prontitud a las llamadas que recibimos del Padre en nuestra vida cotidiana y nos atreveremos con toda sencillez a encontrar soluciones a las llamadas de los pobres que llaman a nuestras puertas.

Nunca temiendo nuevos desafíos, nunca dudando que, si estos desafíos se nos han presentado, el Padre nos acompañará en la realización de lo que ha dado a luz en nuestros corazones para que las personas más vulnerables recuperen la confianza. Desde el lugar que es nuestro, el lugar que Dios nos ha dado, les ayudaremos a encontrar su lugar como criaturas de Dios amadas por el Padre, criaturas dignas de existir, felices de saber que son herederos del plan de amor de Dios.

De esta manera, a través de la humildad, redescubriremos la alegría del Evangelio: *“Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra”* (Mt 5,5).